

SOCIEDADES, POLÍTICAS Y TIPOS DE REGÍMENES EN EL ÁFRICA SUBSAHARIANA

MICHAEL CHEGE

Introducción

EN ÁFRICA HAY EN total 54 estados si uno enumera los estados-islas fuera de la costa y considera el Sáhara Occidental y Namibia como estados separados con sus propios derechos. La mayoría de estos estados surgieron como resultado de la colonización europea y todos ellos comparten la experiencia histórica de la transición de un gobierno colonial a la independencia formal. Incluso Etiopía y Liberia, que se vieron libres de la colonización formal, no pueden reclamar haber escapado a la dominación imperialista enteramente: en algunos casos, sufrieron realmente más brutalidad que la sufrida por las colonias ordinarias. Hasta la fecha, la influencia de los antiguos poderes coloniales y del capital occidental en general, permanecen siendo importantes determinantes del destino político de los estados africanos. Éste es el caso aún en los estados que se proclaman antiimperialistas, como Tanzania, Benín y Congo-Brazaville.

También hay un grado de similitud muy grande en los perfiles económicos y políticos de estos estados. Los ingresos *per cápita* de la mayoría de los estados africanos en 1978 excedían los 500 dólares solamente en un puñado de casos (siete, para ser precisos). De los 34 países ubicados en la parte inferior de la escala, con base en el índice del Banco Mundial de indicadores básicos sociales y económicos, en 1978, 20 se encontraban en el África subsahariana.¹ La mayoría de las economías africanas son dependientes de uno o dos granos de exportación (o minerales) para sus ingresos externos. En sólo unos pocos casos la contribución industrial al PNB excede el 20%. Las economías africanas están expuestas a términos de

¹ IBRD, *World Development Report*, 1978, Washington, 1978, p. 76.

intercambio en deterioro, déficits permanentes de la balanza de pago, desempleo urbano masivo, niveles descendentes de productividad de alimentos y crecientes desigualdades entre las clases sociales y las regiones geográficas, y entre las ciudades y el campo. Ninguno de estos problemas muestra signos de mejoramiento. Todas sus características particulares están a estas alturas completamente detalladas en la profusa literatura sobre la economía del desarrollo en África que, además de la descripción de estos problemas, ha producido prescripciones, modelos y planes de desarrollo cuya cantidad varía inversamente con su efectividad práctica.

En el dominio de la política, la mayoría de los estados africanos sufre de una variedad de conflictos internos que a menudo —y equivocadamente— se asocian al "tribalismo". El crecimiento del poder ejecutivo a costa de otras ramas del gobierno ha enterrado las esperanzas de tener un gobierno democrático burgués como el que fuera entronizado en las constituciones bajo las cuales fue negociada la independencia. Las instituciones políticas y administrativas son frágiles. El gobierno personal, basado en una presidencia con diversos grados de autocracia, se ha convertido en una institución preeminente en la política africana, lo mismo que los regímenes de un solo partido. El descontento político en una variedad de clases sociales a menudo ha encontrado expresión en golpes de Estado militares y la práctica está tan difundida, que al menos la mitad de los países del continente han estado bajo gobierno militar en algún momento desde la independencia.

Todos estos problemas son de conocimiento general en los análisis políticos y económicos africanos, donde generalmente se los resume bajo la rúbrica de "problemas de desarrollo político" y "obstáculos al desarrollo económico", respectivamente. Se supone que los estados africanos están caracterizados por un conjunto común de problemas sociales y económicos; las diferencias entre ellos se aluden a menudo de manera superficial donde sería absolutamente imperativo hacerlo. Y cuando esto sucede, siempre se encuentra necesario adscribir las diferencias a algún accidente histórico o a las cualidades particulares de los líderes individuales: los problemas econó-

micos de Ghana surgieron de la desastrosa política de Nkrumah; la estructura capitalista de Kenia fue el resultado del colonialismo del poblador; y el socialismo de Tanzania fue idea de Julius Nyerere.

Pero la verdad es que además de las similitudes que existen entre los estados africanos, hay también muy profundas diferencias en sus organizaciones socioeconómicas y en la dirección en la que se están desarrollando. Tabular los problemas de los estados africanos y decir con optimismo de que todo estará bien en algún momento no especificado del futuro, se ha convertido en un lugar común entre los intelectuales liberales que intentan un análisis comprensivo de la política africana.² Esto sólo es insuficiente. Es necesario tabular las diferencias entre los sistemas políticos africanos y dar cuenta de ellas de una manera profunda y científica. El estudio de la política y las sociedades africanas comenzará a mostrar madurez y a dar frutos cuando podamos delinear y explicar en qué medida los estados y sociedades africanas se parecen unos a otros y en qué medida difieren, y por qué. Sólo entonces podremos salir del chaleco de fuerza de los estudios por país único que actualmente dominan el campo.

Uno de los principales obstáculos para la evolución de los análisis políticos africanos en esta dirección es la clase de herramientas conceptuales a menudo aplicadas. Para la mayor parte de la primera década de la independencia en África, los conceptos dominantes que informaban el análisis de las ciencias sociales eran "modernización" y "desarrollo". Se suponía que las sociedades africanas y del Tercer Mundo atravesaban uniformemente un proceso de *rite de passage** llamado "modernización" que los percibía desde el plácido remanso del "tradicionalismo" hasta el estatus de las democracias modernas, seculares, altamente institucionalizadas y preferiblemente prooccidentales. El rol dominante asignado a la élite en este esquema de cosas no requiere énfasis. Ni tampoco el supuesto rol de apoyo de los estados occidentales y del capital occidental.

² Véase, por ejemplo, Irving Leonard Markovitz, *Power and Class in Africa*, Englewood Cliffs, New Jersey, Prentice Hall, 1977.

* En francés en el original: rito de pasaje. N. del T.

Las teorías del desarrollo y de la modernización han fallado en un número de puntos y no menos su tendencia prooccidental y realmente proimperialista. En el paradigma de la "modernización" son glosadas todas las consecuencias dañinas y de explotación de las inversiones del capital occidental en el Tercer Mundo y las tendencias autocráticas y reaccionarias de las clases gobernantes prooccidentales en el Tercer Mundo. Las realidades de la represión política y de la explotación material de los trabajadores y campesinos del Tercer Mundo, que son tan brutalmente obvias para cualquier observador, no encuentran lugar en las brillantes promesas de la "modernización". En el contexto de los objetivos inmediatos de este ensayo, sin embargo, las teorías de la modernización fracasan en explicar *las diferentes consecuencias sociales y políticas* del proceso de modernización en varios estados africanos, excepto en un estilo extremadamente *ad hoc* y altamente pragmático. ¿Por qué, por ejemplo, armadas imperialistas? El trabajo pionero de Samir Amin, Walter Rodney, Giovanni Arrighi, John Saul, Claude Meillassoux, Colín Leys e Immanuel Wallerstein ha producido ahora una verdadera inundación de libros y artículos que amplían las facetas básicas de este tema.³ Hablando estrictamente, ninguno de éstos debiera ser atribuido a la fecundidad teórica o al rigor intelectual del enfoque del "subdesarrollo" y sus conceptos relacionados como "dependencia", "centro-periferia", "intercambio desigual" y "relaciones metrópoli-satélite". Más bien, como Engels al señalar el impacto de Feuerbach sobre los jóvenes hegelianos, los enfoques del subdesarrollo y la dependencia tuvieron el mismo "efecto liberador" frente al atraso de la aridez intelectual de la modernización. Por cierto, el subdesarrollo y la dependencia como paradigmas llegan a describir, mucho más de cerca, las realidades de la política y las sociedades africanas de lo que lo hicieron alguna vez sus predecesores.

³ No se necesita realmente insistir en este punto. Para tomar un ejemplo, Samuel P. Huntington, en *Political Order in Changing Societies*, New Haven, Yale University Press, 1969, hace un estridente llamado para que se cambie la política exterior americana, que pone el énfasis en el desarrollo económico y en el apoyo a regímenes fuertes que puedan detener la excesiva y potencialmente desestabilizadora "participación política", como lo testifica el caso de Vietnam, Zaire y ahora Chile.

Nuevamente, no es necesario repetir el punto. Pero para tomar sólo un ejemplo, un examen de la política en Zaire después de la independencia revela manipulaciones de alto poder neocolonialista, intrigas, el asesinato de un líder elegido popularmente y la instalación de otro con quien se podía contar para que mantuviera el flujo de los minerales hacia el Oeste. Ninguna de estas realidades es captada si visualizamos la política de Zaire en términos de "cesarismo moderno"⁴ o "etnicidad" y "pluralismo cultural".⁵

Pero aun la dependencia y los enfoques aliados tienen en común con las teorías de modernización que enfatizan la comunidad de instituciones sociales y políticas en el Tercer Mundo, producto de la dominación capitalista occidental. Colín Leys tiene ciertamente razón cuando ve fuertes sombras de las teorías de la modernización y el desarrollo en la perspectiva de la dependencia y del subdesarrollo.⁶ Kenia, Zaire, Senegal, la Costa de Marfil y Ghana han sido caracterizados invariablemente como dependencias neocoloniales. Pero, a pesar de la hegemonía claramente evidente del capital internacional en todos ellos, *las modalidades del desarrollo capitalista* son muy diferentes. Esto, a su vez, cuenta para las diferentes constelaciones de fuerzas de clase en cada Estado y, por lo tanto, para las diferentes pautas de conflictos políticos y de gobierno que cualquier observación superficial comparativa debiera tener en cuenta. De la misma manera, resulta sumamente absurdo considerar a Nigeria, Kenia y Sudáfrica como "submetrópolis" regionales que propician un "sistema capitalista mundial moderno", puesto que parecería bastante obvio, mediante una investigación más detallada, que el desarrollo del capitalismo dentro de estos estados ha resultado en muy diferentes consecuencias sociales y políticas, incluso para el capital internacional mismo.

⁴ Jean Claude Willame, *Bureaucracy and Patrimonialism in the Congo*, Stanford, Calif., Stanford University Press, 1972, *passim*.

⁵ Crawford Yong, *The Politics of Cultural Pluralism*, Madison, University of Wisconsin Press, 1976.

⁶ Colin Leys, "Underdevelopment and Dependency: Critical and Self-critical Notes", mimeografiado.

Economía, sociedad y política en África

La experiencia económica que la mayoría de las sociedades africanas sobrellevaron durante el colonialismo y después del mismo podría ser caracterizada, brevemente, como un asalto masivo a las formaciones sociales y económicas precapitalistas por los modos capitalistas de producción. Hablando de una manera muy general, ésta es la esencia histórica de la transición de las sociedades capitalistas desde las predominantemente agrícolas hacia las industriales modernas. A diferencia de Europa, América y otras partes, no obstante, la transición que está teniendo lugar en África se produce en momentos de la hegemonía global del capital internacional y la división mundial del trabajo. Este hecho condiciona, y a veces vicia, el crecimiento natural y autónomo de la acumulación de capital indígena. Al igual que en todas las otras épocas, el desarrollo capitalista en África también supone una naturaleza altamente irregular con respecto a la sofisticación de la producción y la distribución geográfica, hecho de tremenda significación política. Más allá de ello, es vitalmente importante notar que la incorporación de las sociedades africanas a la producción capitalista tomó a menudo formas altamente diversificadas. En un extremo, la producción capitalista tuvo lugar dentro de estructuras sociales preexistentes relativamente ininterrumpidas, mientras que en el otro, exigió un completo desmembramiento de las estructuras sociales y económicas precapitalistas. En cualquiera de los casos, la extensión de la acumulación de capital por parte de las clases indígenas también ha variado, así como el grado de proletarización. A menudo, estas diferentes pautas han ocurrido simultáneamente dentro de un mismo estado, en un proceso de desdoblamiento continuado.

El producto de todo esto es que las pautas del conflicto político en África reflejan un amplio rango de movimientos sociales, desde los arcaicos del campesinado, resistiéndose a su incorporación a un sistema capitalista invasor (y usualmente encontrando la representación de varias élites), a través de luchas de clase de variedad tradicional, hasta conflictos entre las diversas fracciones del capital. Estas luchas están articula-

das por encubrimientos ideológicos tales como "unidad tribal", "preservación de las tradiciones africanas", "socialismo africano", "unidad africana", "africanización" y "nacionalismo", en todas sus formas y descripciones. La posición ideológica y política que probablemente tome cualquier gobierno africano, refleja el balance de fuerzas de clases sociales contendientes desatadas por el desarrollo capitalista en el contexto dado. Esto se hace más claro si examinamos este factor con mayor detalle primero en la agricultura —la pre-ocupación económica dominante en el continente— y luego en otros sectores de la economía.

Diferentes modelos de cambio agrícola y sus consecuencias sociopolíticas

Más que en cualquier otro continente, la mayoría de la fuerza de trabajo africana está conectada con la agricultura. La cifra porcentual de la fuerza de trabajo en la agricultura va de 94% para Rwanda y Nigeria, a 58% para Ghana, y llega a la alta cifra de 82% para Kenia y 73% para Zambia, que son comparativamente más industrializados. Al mismo tiempo, la productividad agrícola *per cápita* de este enorme número de personas (la mayor parte campesinos) ha estado descendiendo casi en todas partes como lo indica el cuadro 1.

El continente africano y Medio Oriente tienen las tasas más altas de crecimiento de población urbana en el mundo.⁷ Aunque la producción de mercancías de exportación en general ha crecido, los términos de comercio han empeorado progresivamente, resultando en una disminución del ingreso real.

Éste es un asunto serio porque la trayectoria del desarrollo agrícola ha sido históricamente un factor importante en el ritmo de industrialización y de *cambio político*. En primer lugar, la modernización de la producción agrícola trae como resultado porcentaje declinante de la población rural y una productividad agrícola más alta. Las clases no agrarias, a su vez, proveen un mercado para los productos de granja. Consi-

⁷ *World Development Report, Ibid.*, p. 6.

Cuadro 1: Índice *per cápita* de la producción de alimentos de los países africanos seleccionados para el período 1974-1976.

(1965-1967: 100)

Etiopia	83
Mali	71
Rwanda	114
Somalia	91
Chad	76
Benin	83
Malawi	107
Zaire	93
Tanzania	113
Kenia	88
Uganda	89
Nigeria	89
Ghana	93
Costa de Marfil	124
Guinea	94
Congo-Brazaville	93

Fuente: *World Bank Development Report 1978*, p. 76

derando que los excedentes agrícolas son retenidos en la economía, ellos proporcionan el capital necesario para la industrialización. Esta separación de la tierra del productor primario es un proceso a menudo violento si es tomado como una "acumulación primitiva de capital" por la burguesía o como una "acumulación primitiva socialista" por los regímenes revolucionarios socialistas. En realidad, como veremos a continuación, estos dos impulsos son bastante perceptibles en las estrategias agrarias adoptadas por los diferentes estados africanos.

Más aún, la forma en que la cuestión campesina es manejada tiene consecuencias de mayor alcance para el cambio político. Una clase gobernante que trata de mantener a los campesinos en la tierra tiene más temor a la introducción de una política democrática que una que no lo hace. Al mismo tiempo, la ausencia de un gran campesinado independiente que pueda ser

movilizado contra las clases emergentes en las ciudades da buenos rendimientos a las clases gobernantes, más susceptibles a la política de compromiso.

En el contexto de África hay por lo menos cuatro métodos básicos a través de los cuales ha sido manejada la cuestión agraria y todos han culminado en experiencias políticas bastante diferentes.⁸

El *primero* ha sido la modernización de la agricultura sobre la base de pequeños propietarios individuales que producen tanto para el mercado doméstico como para la exportación. Kenia y la Costa de Marfil son dos buenos ejemplos de esto. En el caso de Kenia, la desintegración de las propiedades comunales y el registro de títulos individuales sobre la tierra está acercándose a su fin. Lenin vio esta pauta de desarrollo agrario capitalista como un elemento que conducía rápidamente a la diferenciación social y a la concentración progresiva de la tierra en unas pocas manos.⁹ En ambos países emergieron clases terratenientes capitalistas poderosas que encontraron expresión política en las personas de los presidentes Kenyatta y Houphouet Boigny, respectivamente. Con el apoyo de un creciente campesinado medio, el resultado de esta alianza fue una cierta estabilidad política. El problema real estaba en que para mantener creciendo a este edificio eran necesarios el capital extranjero y los mercados extranjeros, más en el caso de la Costa de Marfil que en el de Kenia. Esto condujo a relaciones extremadamente confortables con los poderes antiguos coloniales y a una política exterior reaccionaria por la que son bien conocidos ambos países. Sombras de este patrón de desarrollo capitalista también se encuentran en partes de Malawi, Tanzania y Zambia, pero ellos no constituyen allí las formas dominantes.

⁸ Surge de la discusión previa que nos dedicaremos sólo a las secciones de la estructura social agraria que son políticamente dominantes. Hay, por supuesto, otras formaciones agrarias de diferente carácter pero que pueden no ser tan vitales en la determinación del destino político nacional.

⁹ V. I. Lenin, "The Agrarian Programme of Social Democracy in the First Russian Revolution, 1905-1907", en *Collected Works*, Moscú, Progress Publishers, 1972, Vol. XIII, p p. 217 y 255.

El *segundo* patrón de modernización agrícola tuvo lugar dentro del armazón de las estructuras social y de la tenencia de la tierra jerárquica y tradicional. La oligarquía terrateniente que extraía excedentes del campesinado, usando una variedad de medios, adoptó una agricultura comercial de granos e incluso una educación moderna. Jugó así un papel líder, aunque introvertido, en la política territorial. Una variante notable de este sendero particular del desarrollo capitalista se encuentra en Buganda. Otra, se encuentra en las poderosas jefaturas de las plantaciones de cacao en Ashanti, Ghana. En ambos casos las oligarquías tradicionales asumieron una alta vigilancia provincial y resistieron la imposición de una política democrática moderna cuyo liderazgo había sido asumido naturalmente por los líderes pequeñoburgueses de fuera de estas áreas dominantes, centrales y más desarrolladas. El resultado a largo plazo de esta lucha han sido gobiernos centrales débiles propensos a los golpes militares. Pero dado que el gobierno militar, al igual que el liderazgo civil que lo reemplaza, no tenía una fuerte base de clase social, estaba dispuesto a jugar un poder sustituto tradicionalista (como Idi Amin lo hiciera brevemente en Buganda, en 1971, y como los militares de Ghana lo hicieron desde 1966 hasta 1969) o dejar que los fusiles hablaran. En Ghana sucedió esto, bajo el breve gobierno del teniente Jerry Rawlings, un pálido reflejo del reinado asesino de Idi Amin. Un giro político adicional en estas circunstancias puede encontrarse en los intentos de los militares por sustituir a la burguesía nacional, ocupando los negocios y las industrias. Gran parte de la corrupción de los militares de Ghana desde 1972 a 1979, señala esta dirección. La expulsión de los asiáticos que hiciera Idi Amin en 1972 es, por supuesto, un caso clásico y brutal.

Una forma íntimamente relacionada de desarrollo capitalista agrario dirigido por las oligarquías tradicionalistas gobernantes y basado en sistemas premodernos y represivos del trabajo, se encuentra en países tan diversos como Rwanda, Burundi, Etiopía, Zanzíbar (hasta 1964) y Liberia. Este patrón de desarrollo difiere del que se acaba de describir, porque las clases dominantes eran étnicamente diferentes de las clases

oprimidas. La hegemonía era así perpetuada, consolidando y proselitizando lo distintivo de esta identidad separada. Esto aparece en completo contraste con las ideologías tradicionalistas encontradas en Ashanti, Buganda y Nigeria del Norte, que acentuaban la solidaridad étnica a través de las líneas de clase. En el último caso, las ideologías étnicas prevenían las perspectivas de una erupción revolucionaria desde adentro; en el caso de Rwanda, Burundi, Zanzíbar y Liberia el énfasis de diferentes identidades étnicas sirvió de catalizador a las erupciones violentas desde abajo, conducentes, en algunos casos, a la revolución.

La oligarquía árabe omana, basada en las plantaciones de clavo de olor en Zanzíbar, sucumbió finalmente en una sangrienta revolución planeada por las plebes urbanas y las más bajas fracciones de la fuerza de trabajo africana. En Rwanda, el señorío de los *tutsi* desapareció en una serie de sangrientas confrontaciones entre 1960 y 1962, en las cuales los campesinos *bahutu*, fortalecidos por nuevas ganancias provenientes del café, y por la Iglesia Católica, arrancaron el poder político de la monarquía *tutsi* después de cuatro siglos de virtual servidumbre. En el vecino Burundi, los levantamientos fracasados de los *bahutu* provocaron masacres sangrientas en 1965 y más tarde, en 1972, cuando entre 80 y 100 mil *bahutu* perecieron en manos de los *tutsi*. En Liberia, la aristocracia Americoliberiana cedió finalmente en el golpe de Estado militar de abril de 1980 de manera similar a la que lo había hecho la oligarquía *shoanambaric* en Etiopía en 1974.

El tercer patrón de desarrollo agrario en África tiene sus predecesores en las grandes revoluciones socialistas del mundo, donde el Estado asume el rol de la acumulación primitiva de capital. No es necesario decir que las circunstancias africanas no repiten necesariamente las experiencias soviéticas, cubana o china. Sin embargo, el capitalismo de estado parece haber sido la única alternativa lógica dada la imposibilidad de perseguir cualquiera de las dos alternativas previas. Para países como Somalia, Tanzania (y Etiopía después de la revolución) que no tenían una clase fuerte moderna agraria y capitalista ni una clase terrateniente tradicionalista orientada

hacia el capitalismo, el Estado asumió el rol de promover la producción agrícola, reubicando a los campesinos en unidades más productivas. Impulsos más débiles de esta perspectiva se encuentran también en Malí, Benín y Congo Brazaville.¹⁰ Una dimensión importante de esta clase de desarrollo es la emergencia de vastas burocracias que tienen a su cargo el desarrollo económico y la racionalización del edificio político emergente como "socialismo", aunque con prefijos variados. Queda por decir que éste es también un camino viable hacia la industrialización aunque tiene su propio precio.

El *cuarto* patrón de desarrollo agrario que puede encontrarse en África se refleja en los estados africanos más grandes (especialmente Sudán y Nigeria) y es esencialmente una mezcla de los tres patrones descritos anteriormente. Poderosas clases terratenientes tradicionales con orientaciones políticas conservadoras e incluso reaccionarias coexisten con clases modernas agrarias y capitalistas, campesinado independiente y empresas agrícolas estatales. En un nivel, esta diversidad se refleja en las posiciones ideológicas de los regímenes de estos países, que se desplazan constantemente. En otro nivel, el hecho de que cada una de estas formaciones agrarias está geográficamente confinada, lleva a realidades fuertemente regionalistas que se reflejan en las luchas secesionistas, tanto en Sudán como en Nigeria.

Finalmente, es necesario comentar una categoría residual en la cual la mayoría de las clases sociorrurales quedan relativamente inafectadas por el desarrollo capitalista. En primer lugar, esto puede suceder porque el régimen carece de la capacidad de apoyar a clases agrarias productivas de cualquier tipo. Un excelente ejemplo de esto se da en Zaire, donde, aunque los campesinos son básicamente autosuficientes, el país ha importado casi todos los productos básicos desde Estados Unidos, mientras las exportaciones agrícolas han re-

¹⁰ En Mozambique el gobierno FRELIMO que había proclamado seguir la política de la colectivización agraria, cambió la política a mediados de 1980 para permitir que los granjeros privados, las cooperativas y aún los antiguos ocupantes volvieran. Esto muestra los límites de tales políticas, donde el Estado no es aún lo suficientemente fuerte frente a los intereses existentes como para tomar el control de la agricultura.

gistrado declinaciones muy altas. En segundo lugar, la falta de un apreciable compromiso de las clases rurales en la productividad de la agricultura moderna puede surgir como resultado de la introducción de empresas extranjeras de capital intensivo que producen para la exportación. Aunque tales empresas no son dominantes en ningún país, se pueden encontrar en Liberia, Sudán, Kenia, Suazilandia y Zaire. El impacto de esta clase de desarrollo inhibe la acumulación agrícola indígena y disloca la economía en favor de las exportaciones, contra la autosuficiencia doméstica. En cualquiera de los casos, la economía queda extremadamente vulnerable a las fuerzas políticas externas. Las fuerzas nacionales considerables fracasan en arraigarse. La política se convierte en una gran charada digitada desde afuera. Ésta es la razón fundamental de por qué las propuestas de proyectos agrícolas financiados y controlados por fuerzas externas debieran ser tratados con la mayor circunspección y examinados tan cuidadosamente como si se caminara sobre terreno minado.

Patrones de industrialización y cambio político

Siempre que no esté trabada por fuerzas de clases tradicionalistas retardatarias, la burguesía industrial ha sido históricamente la fuerza motora de la creación de un mercado doméstico, y más importante, de un régimen político democrático. Si eso falla, el Estado asume históricamente esta misión burguesa pero con muy diferentes resultados políticos. En África, la traba fundamental a ambos tipos de desarrollo ha sido el carácter atrasado del campo que hemos tratado de describir, y en segundo orden, la industrialización llevada a cabo por corporaciones multinacionales que generalmente tiende a ser del tipo de sustitución de importaciones.

La industria que procesa las materias primas indígenas y abastece el mercado doméstico podría proveer un ímpetu mucho mayor a la integración nacional y a la administración estatal centralizada, que juntando todas las constituciones y doctrinas ideológicas promulgadas desde la independencia. La industrialización lleva a la concentración de la población ha-

ciendo que la distribución de los servicios gubernamentales sea más fácil. Si ocurre simultáneamente con la modernización de la agricultura, la industrialización produce una constelación de clases sociales modernas, la resolución de cuyos conflictos a menudo ha sentado las bases para una política democrática.

En África Tropical, por otro lado:

Hay muy poca manufactura para la exportación fuera de la región, excepto para algún procesamiento de mercaderías primarias, a pesar de que los productos manufacturados de muchos de los países han tenido acceso preferencial a los mercados de Europa. Típicamente, tres cuartos o más del valor agregado industrial está en la sustitución de importaciones, principalmente en bienes relativamente no sofisticados tales como alimentos procesados y bebidas, textiles, ropa, productos de madera y cuero, cemento, papel y material de imprenta.¹¹

Como es bien conocido, la mayoría de estas industrias tienden a ser de capital intensivo y de propiedad extranjera:

En 1960-1970, 43 por ciento del capital invertido en manufacturas en Etiopía era de propiedad extranjera y una proporción aún mayor era controlada desde el extranjero. De manera similar, al menos 43 por ciento de la producción de manufactura en Kenia en 1971 estaba en manos de subsidiarias (transnacionales); 71 por ciento del capital de las firmas de manufactura de Camerún, en 1974-1975, era de propiedad extranjera; y 85 por ciento del sector moderno de las manufacturas de Senegal era de propiedad extranjera a principios de los setenta.¹²

Las consecuencias sociales y políticas de esta clase de desarrollo son: producción de bienes especialmente destinados a la pequeña burguesía de más altos ingresos, poca generación de empleo adicional y poco o ningún impacto en la sociedad rural. Particularmente donde las industrias son de naturaleza minera o extractiva hay normalmente pocos vínculos con las economías rurales. Los beneficios crecientes de los estados africanos son más que sobrepasados por la salida de capital y las distorsiones económicas que ocasiona la minería.¹³ En

¹¹ *World Development Report*, *ibid.*, p. 49.

¹² Steven Langdon y Lynn K. Mytelka, "Africa in the Changing World Economy", en Colin Legu, I. William Zartman, Steven Langdon y Lynn K. Mytelka, *Africa in the 1980s: A Continent in Crisis*, New York, McGraw-Hill, 1979, p. 168.

¹³ Véanse los estudios de caso en G. Lanning y M. Mueller, *Africa Undermined*, Hamondsworth, Penguin Books, 1979.

En todos los casos, las transnacionales buscan maximizar los beneficios repatriables y la evidencia muestra que esto puede hacerse sin demasiado problema.¹⁴ Sobre todo, no se debe olvidar la inveterada inclinación de las corporaciones multinacionales a apoyar los elementos reaccionarios y antinacionales en África. Esto es verdad para Rio-Tinto Zinc y Anglo-American en Namibia, Lornrho y Union Carbide en Zimbabwe, Malawi, Kenia, etcétera.

Aun cuando todo está dicho y hecho, las configuraciones políticas y sociales lanzadas en cada Estado africano por estos desarrollos, difieren apreciablemente. Una buena parte de estas diferencias se ve a través de los patrones de las estructuras de clase agrarias ya discutidos.

En primer lugar, en países como la Costa de Marfil, Kenia y Nigeria, la perspectiva de una alianza entre el capital estatal, una burguesía industrial indígena y fracciones selectas del capital internacional es muy probable. P. Anyang' Nyong'o ha demostrado las razones de esta eventualidad en la Costa de Marfil.¹⁵ En estas circunstancias, la emergencia gradual de capital industrial indígena resulta inevitablemente en hostilidad política dirigida contra ciertas fracciones de capital internacional, de lo cual hay suficiente evidencia en Kenia. La tendencia está también subrayada por una serie de medidas tomadas para promover el Estado nigeriano y el capitalismo indígena desde el Decreto para la Promoción de la Empresa Nigeriana, en 1972.

En segundo lugar, en países sin clase capitalista poderosa en la agricultura (y consecuentemente en la industria), el Estado, en alianza con el capital internacional, es el que toma la forma de la fuerza principal detrás de la industrialización. Esto es cierto para estados como Tanzania y los regímenes "marxistas-leninistas" con estilo propio de Congo-Brazaville, Benín, Somalia, Etiopía, Mozambique y Guinea. Donde las oportuni-

¹⁴ Para comentarios sobre Kenia, véase Raphael Kaplinsky, "Introduction", en R. Kaplinsky ed., *Reading on the Multinational Corporation in Kenya*, Nairobi, Oxford University Press, 1978, p. 11.

¹⁵ P. Anyang' Nyong'o, "Liberal Models of Capitalist Development in Africa: Ivory Coast", en *Africa Development*, Vol. III, No. 2, 1978, pp. 18-19.

dades para el empleo estatal son amplias y en expansión, se puede esperar un grado razonable de calma política. Tal es el caso de Tanzania y, en alguna medida, de Somalia. Donde la situación es la opuesta, sin embargo, es posible que se produzcan luchas faccionales burocráticas y políticas, a menudo preparadas en ideologías regionales o étnicas. Esto contribuye a una continua inestabilidad política, como es el caso en Congo-Brazaville y Benín.

Finalmente, como en la agricultura, hay casos donde tanto el Estado como el capital indígena están demasiado debilitados por razones históricas como para jugar un rol significativo. Entonces, queda el campo abierto para el capital internacional. Zaire y Gabón son ejemplos claros de esto. El resultado es que el capital internacional mueve eventualmente a su personal para administrar aspectos cruciales del Estado, haciendo así que la noción de independencia política no tenga significado. Por el momento, las aduanas de Zaire, el banco central, la policía y la planificación son dirigidos por foráneos. Y esto prepara la escena para la confrontación entre élites "compradoras" y fuerzas nacionalistas, como sucedió en las "invasiones" de Shaba, de 1977 y 1978.

Conclusión

Las estructuras de poder estatal y autoridad política que se pueden encontrar hoy en África reflejan el amplio espectro de diferentes formaciones sociales, discutidas arriba. El carácter y la predisposición ideológica de cada régimen africano se puede atribuir finalmente a la combinación de fuerzas sociales dominantes en su base y a la naturaleza de las fuerzas sociales emergentes antagonistas de aquéllas. Las distinciones que se hacen usualmente entre regímenes africanos civiles *versus* militares, radicales *versus* moderados, socialistas *versus* capitalistas, etc., fallan en mostrar las diferencias fundamentales entre los gobiernos africanos. El régimen cívico-militar de Kamuzu Banda, en Malawi, es tan autoritario e impenetrable a las críticas como el régimen militar de Malí. Nigeria y Ghana, bajo gobierno militar, tenían sociedades más abiertas que la Guinea administrada por civiles. Hemos presenciado un gobier-

no despótico y genocida en Guinea Ecuatoriana bajo el gobierno del Presidente civil, Macias Nguema, y en Uganda, bajo el mariscal de campo, Idi Amin. El Benín "marxista-leninista" cuenta anualmente con los subsidios presupuestarios franceses,¹⁶ como sucede con un gran número de repúblicas neocoloniales francesas, incluyendo la República de África Central. En Abril de 1977, el Presidente Joachim Yhombi Opango, de la República del Pueblo de Congo, solicitaba inversiones occidentales privadas y daba garantías contra la nacionalización que parecían más liberales que aquellas que operaban en la Kenia capitalista.¹⁷

En diversos grados, los órganos de gobierno más importantes de África son, en orden de importancia, la presidencia y sus sátrapas, la burocracia pública, la burocracia de partido y los militares. La razón por la cual en la mayoría de los casos los gobiernos se identifican con el líder nacional se encuentra en el desarrollo del capitalismo pobre y desarticulado, y en el consecuente subdesarrollo de las clases sociales urbanas. En general, cuanto más se reafirman estas clases, es menor la oportunidad de un gobierno personal autocrático. La presidencia en Kenia es una oficina realmente muy poderosa, pero las clases sociales modernas de ese país, relativamente fuertes, reafirman sus intereses y así previenen a la presidencia de asumir una naturaleza completamente autocrática y personal, como la que se ha adoptado en Malawi, o como la que había en el Imperio Africano Central bajo Bokassa. Lo mismo sucede con la burocracia y los militares. En 1977, la clase media y las organizaciones profesionales de Ghana agitaron en contra del gobierno militar, lo que eventualmente quebró el liderazgo militar y provocó su caída. En contraste, cada vez que las frágiles clases medias y los estudiantes, en países tan diversos como Zaire, Etiopía y Somalia, han intentado derrocar al gobierno autoritario, fueron derrotados y la autocracia se mantuvo intacta. La medida en la que la burocracia se corrompe por los intereses

¹⁶ Samwel Decalo, *Coups and Army Rule in Africa*, New Haven, Yale University Press, 1976, p. 43.

¹⁷ Véase "Congo People's Republic", en Colin Legum, Ed. *Africa Contemporary Record*, 1977-1978, New York, Africana Publishing Company, 1979, p. B560.

del capital extranjero también dependen de cuán firme y competitiva sea la participación del capital indígena.

De esta manera, en su totalidad, la orientación política de la presidencia, las burocracias y los otros órganos de Estado son inevitablemente dependientes de la configuración de las fuerzas sociales contendientes. La dominación de los estados africanos por varias fuerzas capitalistas internacionales es un hecho muy real. Pero en cada Estado africano, esta dominación adquiere su coloración de acuerdo con el carácter y la predisposición política de las fuerzas domésticas. Tolstoi comienza su obra *Ana Karenina*, diciendo que cada familia infeliz es infeliz a su manera. Del mismo modo, cada uno de los estados africanos subdesarrollados es subdesarrollado y oprimido de manera propia y especial.

Traducción del inglés:
PATRICK GOLDSMITH